

OPINIONES DE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS: EPICUREÍSMO¹

Denis Diderot

RÉSUMÉ

Il serait à souhaiter que Diderot, pour l'intérêt même de sa gloire, eût cité exactement toutes les sources où il a puisé son exposé de la philosophie d'Epicure. A l'aide de ces passages rejetés, ou seulement indiqués, on verrait d'un coup d'oeil ce qui appartient exclusivement à la doctrine de cet ancien philosophe, et les résultats que Diderot a déduits de cette doctrine, et qu'il a intercalés parmi les principes mêmes qui en ont été l'objet. C'est particulièrement sur le précis qu'il a donné de la morale d'Epicure, qu'il aurait été nécessaire de rapporter les textes originaux, afin que chacun pût être juge dans une question qui a donné lieu à des opinions très diverses, et que les préjugés religieux, quel qu'en soit l'objet, n'ont pas peu contribué à obscurcir, comme ils embrouillent toutes celles dans lesquelles on n'en fait pas une entière abstraction.

La secta eleática da lugar a la *secta epicúrea*. Jamás filosofía alguna fue menos entendida y más calumniada que la de *Epicuro*. Se acusa a este filósofo de ateísmo, aunque admitiera la existencia de los dioses, frecuentara los templos, y no tuviera ninguna repugnancia de prosternarse al pie de los altares. Se le miró como el apologista del desenfreno, él cuya vida fue una práctica de todas las virtudes y, sobre todo de la temperancia. El prejuicio ha sido tan general, que es necesario confesar, para vergüenza de los estoicos que pusieron todo en obra para infundirlo, que los *epicúreos* fueron personas muy honestas que tuvieron mala reputación. Pero a fin de dar un juicio claro sobre la doctrina

1. Tomado de Diderot, Denis, *Opinions des Anciens Philosophes*, Tome premier, en *Oeuvres de Denis Diderot*, Tome cinquième, publiées sur les manuscrits de l'Auteur, par Jacques-André Naigeon, de l'Institut national des sciences, etc. Deterville, Libraire, Paris, Año VIII, pp. 321-360. Traducción de Juan Manuel Cuartas R., revisión de Marc Jean-Bernard.

de *Epicuro*, presentaremos a este filósofo acompañado de sus discípulos, dictando sus lecciones a la sombra de los árboles que él mismo plantó. Es, pues, él quien hablará durante el resto de este artículo, y esperamos de la ecuanimidad del lector, quien hará bien teniéndolo presente. Lo único que nos permitiremos, será emitir de entre sus principios algunas de sus consecuencias más inmediatas.

DE LA FILOSOFÍA EN GENERAL

El hombre ha nacido para pensar y para obrar, y la filosofía está hecha para regir el entendimiento y la voluntad del hombre; todo lo que se aparta de este objetivo es frívolo.

El bienestar se adquiere por el ejercicio de la razón, la práctica de la virtud, y el uso moderado de los placeres; lo que supone la salud del cuerpo y del alma.

Si el más importante de los conocimientos es aquello que es importante evitar y hacer, el hombre joven no puede entregarse muy pronto al estudio de la filosofía; y el viejo renunciar a él demasiado tarde.

Yo distingo entre mis discípulos tres clases de caracteres: hay hombres como yo, a quienes ningún obstáculo desanima, y avanzan solos y con un movimiento que les es propio, hacia la verdad, la virtud y la felicidad; hombres como Metrodoro, necesitados de un ejemplo que los estimule; y otros, como Hermaco, para quienes es necesaria una especie de violencia. Yo los amo a todos. ¡Oh! mis amigos, ¿hay alguna cosa más antigua que la verdad? ¿No está la verdad antes que todos los filósofos? El filósofo despreciará entonces toda autoridad, y marchará recto hacia la verdad, apartando todos los fantasmas vanos que se presentarán en su camino, y la ironía de Sócrates, y la voluptuosidad de *Epicuro*. ¿Por qué la muchedumbre permanece inmersa en el error? Será que toma los nombres como pruebas. Proponed vuestros principios, aunque sean pocos, pero fecundos en consecuencias: no olvidemos el estudio de la naturaleza, y apliquémonos particularmente a la ciencia de las costumbres. ¿De qué nos sirve el conocimiento profundo de los seres externos a nosotros, si no podemos, con ese conocimiento, disipar el temor, obviar el dolor, y satisfacer nuestras necesidades?

El uso de la dialéctica, llevado al exceso, degenera en el arte de

sembrar de espinas todas las ciencias; yo detesto ese arte. La verdadera lógica puede reducirse a unas pocas reglas.

No hay en la naturaleza más que las cosas y nuestras ideas, y consecuentemente no hay más que dos clases de verdades, las unas de existencia, las otras de inducción. Las verdades de existencia pertenecen a los sentidos; las de la inducción, a la razón.

La precipitación es la fuente principal de nuestros errores. No cesaré entonces de deciros: *atended*.

Sin el uso conveniente de los sentidos, no hay ideas o pre-nociones, y sin pre-nociones, no hay ni opinión ni duda. Lejos de poder trabajar en la búsqueda de la verdad, no se está tampoco en estado de producir signos. Multiplicad entonces las pre-nociones para un uso asiduo de vuestros sentidos; estudiad el valor preciso de los signos que los otros han instituido, y determinad cuidadosamente el valor de aquello que instituiréis. Si os resolvéis a hablar, preferid las expresiones más simples y más comunes, o temed no ser entendidos en absoluto y perder el tiempo en interpretaros a vosotros mismos. Cuando escuchéis, aplicaos a sentir toda la fuerza de las palabras. Es mediante un ejercicio habitual de estos principios, que llegaréis a discernir sin esfuerzo lo verdadero, lo falso, lo oscuro, y lo ambiguo. Pero no basta con que sepáis interponer la verdad en vuestros razonamientos; es necesario además que sepáis poner la sabiduría en vuestras acciones. En general, cuando la voluptuosidad no desencadene ninguna pena concomitante, no dudéis en acogerla; si la pena que esta entraña es menor, acogedla también: acoged además la pena de la cual os prometáis un gran placer. No calculéis el mal más que cuando abandonéis una voluptuosidad que os cause gran pena, y os prive del más grande placer.

DE LA FISIOLÓGÍA EN GENERAL

Qué meta nos propondremos en el estudio de la fisiología, si no es la de conocer las causas generales de los fenómenos, a fin de que, libres de todos los vanos terrores, nos abandonemos sin remordimientos a nuestros apetitos razonables, y después de haber disfrutado de la vida, nos la quitemos sin pena?

No se ha hecho nada de nada; el universo siempre ha sido y será

siempre. No existen más que la materia y el vacío, porque no se conoce ningún ser intermedio. Agregad a la noción de vacío, la impenetrabilidad, la figura y el peso, y tendréis la idea de materia. Separad de la idea de materia las mismas cualidades, y tendréis la noción de vacío: la naturaleza considerada, abstracción hecha de la materia, da el vacío; el vacío ocupado, da la noción de lugar; el lugar atravesado, da la idea de región: ¿qué entenderemos por espacio, sino el vacío considerado como extenso? La necesidad del vacío se demuestra por sí misma, porque ¿sin vacío, dónde existirían los cuerpos? ¿Dónde se moverían? Pero, ¿qué es el vacío? ¿Es una cualidad? ¿Es una cosa? No es una cualidad, pero sí es una cosa, ¿es entonces una cosa corporal? No basta con dudar. Esa cosa uniforme, homogénea, inmensa, eterna, atraviesa todos los cuerpos sin alterarlos; los determina, marca sus límites y los contiene. El universo es el agregado de la materia y el vacío. La materia es infinita; el vacío es infinito: porque si el vacío fuera infinito y la materia finita, nada retendría los cuerpos y limitaría sus digresiones; las percusiones y las repercusiones cesarían, y el universo, lejos de formar un todo, no sería en algún instante de la duración que seguirá, más que un montón de cuerpos aislados y perdidos en la inmensidad del espacio. Si, por el contrario, la materia fuera infinita y el vacío finito, habría cuerpos que no estarían en el espacio; lo cual es absurdo.

No aplicaremos entonces al universo ninguna de las expresiones por las cuales distinguimos las dimensiones y determinamos los puntos en los cuerpos finitos. El universo es inmóvil, porque no hay ningún espacio más allá. Es inmutable, porque no es susceptible ni de aumento ni de disminución. Es eterno, porque no ha comenzado ni terminará tampoco. Sin embargo los seres se mueven en él, las leyes se ejecutan, los fenómenos se suceden. Entre estos fenómenos, los unos se producen, otros duran, y otros pasan; pero estas vicisitudes son relativas a las partes, y no al todo. La única consecuencia que se puede sacar de las generaciones y de las destrucciones, es que hay elementos de los que los seres son engendrados, y en los que se resuelven. No se concibe ni formación ni resolución sin la idea de composición, y no se tiene en absoluto la idea de composición sin admitir partículas simples, primitivas y constituyentes. Son esas partículas las que llamaremos *átomos*.

El átomo no puede ni dividirse, ni simplificarse, ni reducirse; es

esencialmente inalterable y finito: de donde se sigue que en un compuesto finito, cualquiera que sea, no hay ninguna suerte de infinito, ni en tamaño, ni en extensión, ni en número.

Homogéneos en relación con su solidez y con su inalterabilidad, los átomos tienen cualidades específicas que los diferencian. Dichas cualidades son el tamaño, la figura, el peso y todas aquellas que de él dimanar, tal como lo pulido y lo anguloso. No es necesario dar el nombre de estas últimas, el calor, el frío, y otras semejantes; esto sería confundir las cualidades inmutables con los defectos momentáneos.

Aunque asignemos al átomo todas las dimensiones del cuerpo sensible, es sin embargo más pequeño que cualquier porción de materia imaginable: escapa a nuestros sentidos, cuyo alcance es la medida de lo imaginable, sea en pequeñez, sea en grandeza. Es por la diferencia de los átomos, que se explicarán la mayor parte de los fenómenos relativos a las sensaciones y a las pasiones. La diversidad de figura, siendo una sucesión necesaria de la diversidad de tamaños, no haría imposible que, en todo ese universo, no hubiera un compuesto perfectamente igual a algún otro.

Aunque haya átomos, los unos angulosos, los otros ganchudos, sus puntos no se desgastan en absoluto, sus ángulos no se quiebran jamás. Yo les atribuyo el peso como una cualidad esencial, porque se mueven actualmente, o tienden a moverse, y ésto no puede ser más que como consecuencia de una fuerza intrínseca que uno no puede concebir, ni llamar de otra manera que *ponderación*.

El átomo tiene dos movimientos principales; un movimiento de caída de ponderación que lo lleva o llevará sin el concurso de ninguna acción externa; y el choque o movimiento de reflexión, que recibe a su encuentro con otro. Esta última especie de movimiento varía según la infinita diversidad de masas y de direcciones. Siendo la primera una energía intrínseca de la materia, ella es la que tenemos que mirar como la conservadora del movimiento en la naturaleza, y la causa eterna de las composiciones.

La dirección general de los átomos llevados por el movimiento general de ponderación, no es paralela en absoluto; es poco convergente: es en esta convergencia que es necesario reportar los choques, las coherencias, las composiciones de átomos, la formación de los cuerpos, el

orden del universo con todos sus fenómenos. Pero ¿de dónde nace esta convergencia? De la diversidad original de los átomos, tanto en masa como en figura, y en fuerza ponderante. Tal es la velocidad de un átomo y la no-resistencia del vacío, que si el átomo no es detenido por ningún obstáculo, recorre el mayor espacio inteligible en el tiempo más breve. En efecto, ¿qué lo retardaría? ¿qué es el vacío en relación con el movimiento? Tan pronto los átomos combinados han formado un compuesto, tienen en ese compuesto, y el compuesto tiene en el espacio diferentes movimientos, diferentes acciones, tanto intrínsecas como extrínsecas, tanto a distancia como en el lugar.

Lo que se llama comúnmente los *elementos*, son compuestos de átomos; se pueden mirar esos compuestos como principios, pero no como primarios. El átomo es la causa primera por la cual todo es, y la materia primera de la cual todo es. Es activa esencialmente y por sí misma. Esta actividad desciende del átomo al elemento, del elemento al compuesto, y varía según todas las composiciones posibles. Pero toda actividad produce todo, ya sea el movimiento local, ya la tendencia. He aquí el principio universal de las destrucciones y de las regeneraciones. Las vicisitudes de los compuestos no son más que modos de movimiento y series de la actividad esencial de los átomos que los constituyen. ¿Cuántas veces no se ha atribuido a causas imaginarias los efectos de esta actividad que puede, según las ocurrencias, llevar porciones de un ser a distancias inmensas, o terminarse en estremecimientos, en translaciones imperceptibles? Es esa actividad la que cambia lo insípido en agrio, lo blando en duro, etc. Y aún, ¿qué es el destino, sino la universalidad de las causas o de las actividades propias del átomo, considerado solidariamente o en composición con otros átomos? Las cualidades esenciales conocidas de los átomos no son numerosas, bastan, sin embargo, para la infinita variedad de cualidades de los compuestos. De la separación de los átomos, más o menos grande, nacen lo denso, lo raro, lo opaco, lo transparente: es de ahí que es necesario deducir además la fluidez, la liquidez, la dureza, la blandura, el volumen, etc. ¿De dónde haremos depender la figura, si no de las partes componentes, y el peso, si no de la fuerza intrínseca de ponderación? Sin embargo, para hablar con exactitud, no hay nada que sea absolutamente pesado o ligero. Es necesario plantear el mismo juicio acerca del frío y del calor.

Pero ¿qué es el tiempo? es, en la naturaleza, una serie de acontecimientos, y en nuestro entendimiento, una noción que es la fuente de mil errores. Es necesario plantear el mismo juicio del espacio. En la naturaleza, sin cuerpos, no hay espacio. El movimiento y el reposo son estados cuya noción es inseparable en nosotros de las de espacio y tiempo.

Sólo habrá producción nueva en la naturaleza, en tanto que la composición diversa de los átomos la admita. El átomo increado e inalterable es el principio de toda generación y de toda corrupción. Se sigue, de su actividad esencial e intrínseca, que no tenga ningún compuesto que sea eterno: sin embargo, no sería absolutamente imposible que después de nuestra disolución, no se realizara una combinación general de toda la materia que restituyera al universo el mismo aspecto que tiene, o al menos una combinación parcial de elementos que nos constituyó, en consecuencia de la cual nosotros resucitaríamos; pero lo haríamos sin memoria del pasado. La memoria se extinguiría en el momento de la destrucción.

El mundo no es más que una pequeña porción del universo, cuyos límites fueron dados por la debilidad de nuestros sentidos, porque el universo es ilimitado. Considerando relativamente a sus partes y a su orden recíproco, el mundo es uno; no tiene alma: no es, pues, en absoluto un dios; su formación no exige ninguna causa inteligente y suprema. ¿Para qué recurrir a semejantes causas en la filosofía, cuando todo ha podido engendrarse y puede explicarse por el movimiento, la materia y el vacío? El mundo es el efecto del azar, y no la ejecución de un designio. Los átomos se han movido desde toda eternidad. Considerados en la agitación general donde los seres tienen que surgir en el tiempo, es lo que hemos denominado el *caos*; considerados después de que las naturalezas fueran creadas, y el orden introducido en esa porción del espacio, tal como lo vemos, es lo que hemos denominado el *mundo*: sería un prejuicio concebir de otra manera el origen de la tierra, del mar y de los cielos. La combinación de los átomos forma primero las simientes generales; esas simientes se desarrollan, y todos los animales, sin exceptuar al hombre, fueron producidos solos, aislados. Cuando las simientes se agotaron, la tierra cesó de producirlas, y las especies se perpetuaron por diferentes vías de generación.

Guardémonos de referir a nosotros mismos las transacciones de la

naturaleza; las cosas se hicieron sin que hubiese otra causa que el encadenamiento universal de los seres materiales que trabajan, sea en bien nuestro, sea en nuestro mal. Dejemos aquí también los genios y los demonios; si ellos existieran, muchas cosas, o no serían, o serían de otra manera. Quienes han imaginado esas naturalezas, no son en absoluto filósofos, y quienes las han visto, no son más que visionarios. Pero si el mundo ha comenzado, ¿por qué no podría tener un fin?, ¿no es un todo compuesto?, ¿no es un compuesto finito?, ¿no ha conservado el átomo su actividad en ese gran compuesto, así como en su porción más pequeña?, ¿esa actividad, no ha sido igualmente un principio de alteración y de destrucción? Lo que revuelve nuestra imaginación son las falsas medidas que nos hemos trazado de la extensión y del tiempo; volvemos al punto del espacio que ocupamos y al corto instante de nuestra duración. Pero, para juzgar nuestro mundo es necesario comparar la inmensidad del universo y la eternidad de los tiempos: aunque este globo sea miles de veces más extenso, entrará en la ley general y lo veremos sometido a todos los accidentes de la molécula. Además del átomo, no hay nada inmutable, inalterable, eterno: los mundos pasarán; el átomo permanecerá tal como es.

La pluralidad de los mundos no tiene nada que repugne. Puede haber entre ellos mundos semejantes al nuestro, como puede haber diferentes. Es preciso considerarlos como grandes remolinos apretados los unos contra los otros, que estrechan entre sí a los más pequeños, y que llenan en conjunto el vacío infinito. En medio del movimiento general que produjo nuestro mundo, este enjambre de átomos que denominamos tierra, ocupó el centro, en tanto que otros fueron a formar el cielo y los astros que lo alumbran.

No nos dejemos imponer la caída de los graves; los graves no tienen centro común; caen paralelamente; de ahí concluimos en lo absurdo de las antípodas.

La tierra no es en absoluto un cuerpo esférico, es un gran disco que la atmósfera tiene suspendido en el espacio: la tierra no tiene ánima en absoluto, no es, por tanto, una divinidad. Es a las exhalaciones subterráneas, a los choques sutiles, al encuentro de ciertos elementos opuestos a la acción del fuego, que es preciso atribuir sus temores.

Si los ríos no aumentan los mares, es que relativamente a esos volú-

menes de agua; a sus inmensos depósitos y a la cantidad de vapores que el sol eleva de su superficie, los ríos no son más que débiles circulaciones de fluidos. Las aguas del mar se desparraman por toda la masa terrestre, la riegan, se entremezclan, se asemejan y van a precipitarse de lleno en las dársenas, de donde fueron transvasadas: es en esta circulación que son despojadas de su amargor.

Las inundaciones del Nilo son ocasionadas por los vientos etesios que regresan el mar a las embocaduras del río, y acumulan diques de arena que lo hacen fluir de nuevo sobre sí mismo.

Las montañas son tan antiguas como la tierra

Las plantas tienen de común con los animales, que nacen, se nutren, crecen, decaen y mueren: pero no es ningún alma la que las vivifica; todo se ejecuta en esos seres por el movimiento de la interposición. En los animales cada órgano elabora una porción de simiente y la transmite a un receptáculo común: de ahí esta analogía propia de las moléculas seminales, que las separa, las distribuye, las dispone cada una a formar una parte semejante a aquella que la ha preparado, y todas a engendrar un animal semejante. Ninguna inteligencia preside ese mecanismo. Ejecutándose todo como si tal inteligencia existiera, ¿por qué supondríamos su acción?

Los ojos no han sido hechos para ver, ni los pies para andar, pero el animal tuvo pies y anduvo, ojos y vió.

El alma humana es corporal; aquellos que aseguran lo contrario no la entienden, y hablan sin tener ideas. Si fuera incorporeal, como pretenden, no podría ni actuar ni sufrir; su heterogeneidad haría imposible su acción sobre el cuerpo. Recurrir a algún principio inmaterial a fin de explicar esta acción, no es resolver la dificultad, es solamente transponerla a otro objeto. Si hubiera, en la naturaleza, algún ser que pudiera cambiar las naturalezas, la verdad no sería más que un vano nombre: ahora bien, para que un ser inmaterial fuera un instrumento aplicable a un cuerpo, habría que cambiar la naturaleza del uno o del otro. Guardémonos, sin embargo, de confundir el alma con el resto de la sustancia animal. El alma es un compuesto de átomos tan unidos, tan ligeros, tan móviles, que pueden separarse del cuerpo sin que éste pierda sensiblemente su peso. Este entramado, a pesar de su extrema sutilidad, tiene muchas cualidades distintas; es aéreo, ígneo, móvil y sensible. Expan-

dida por todo el cuerpo, es la causa de las pasiones, de las acciones, los movimientos, las facultades, los pensamientos, y todas las otras funciones, sea espirituales, o animales; es ella la que siente, pero tiene esta potencia del cuerpo. En el momento en que el alma se separa del cuerpo, la sensibilidad se desvanece, porque ella era el resultado de su unión.

Los sentidos no son más que un tocar diversificado; se desprenden sin cesar de los cuerpos mismos, de los simulacros que les son sensibles, y que vienen a golpear nuestros sentidos. Los sentidos son comunes al hombre y a todos los animales. La razón puede ejercerse incluso cuando los sentidos reposan. Yo entiendo por *espíritu* la porción del alma más flexible.

El espíritu está difundido en toda la substancia del alma, como el alma está difundida en toda la substancia del cuerpo, que está unido a ella, no formando más que un ser con ella, produciendo sus actos en sus instantes casi indivisibles, teniendo su asiento en el corazón: en efecto, es de ahí de donde emanan la felicidad, la tristeza, la fuerza, la pusilanimidad, etc.

El alma piensa, como el ojo ve, por simulacros o ídolos; está afectada por dos sentimientos generales, la pena y el placer. Turbad el estado natural de las partes del cuerpo, y produciréis dolor; restituid las partes del cuerpo a su estado natural, y haréis nacer el placer. Si esas partes, en lugar de oscilar, pudieran permanecer en reposo, o nosotros dejaríamos de sentir, o, fijos en un estado de paz inalterable, probaríamos tal vez la voluptuosidad de todas las situaciones.

De la pena y el placer, nacen el deseo y la aversión. El alma, en general, se ensancha y abre al placer; se marchita y recoge con la pena. Vivir, es probar esos movimientos alternativos.

Las pasiones varían según la combinación de los átomos que componen el tejido del alma.

Los ídolos vienen a golpear los sentidos; el sentido despierta la imaginación; la imaginación excita el alma, y el alma hace mover el cuerpo. Si el cuerpo cae abrumado o de fatiga, el alma, agobiada o distraída, sucumbe al sueño. El estado en el que se encuentra obsedida de simulacros errabundos que la atormentan o que la entretienen involuntariamente, es lo que denominamos insomnio o sueño, según el grado de consciencia que le queda de su estado.

La muerte no es la cesación de la sensibilidad. Disuelto el cuerpo, el

alma se disuelve; sus facultades se aniquilan; no piensa más; nada recuerda; no sufre ni actúa. La disolución no es una aniquilación, es solamente una separación de partículas elementales. No estando el alma antes de la formación del cuerpo, ¿por qué habría de estar después de la destrucción de éste? Como no hay más sentido después de la muerte, el alma no es capaz ni de pena ni de placer. Lejos de nosotros entonces la fábula de los infiernos y del elíseo, y todos esos relatos mentirosos cuya superstición espanta a los malvados que ella no encuentra suficientemente castigados por sus mismos crímenes, o alimenta a los buenos que no se han sido suficientemente recompensados por su propia virtud. Concluimos que el estudio de la naturaleza no es en absoluto superfluo, ya que conduce al hombre a conocimientos que aseguran la paz de su alma; que liberan su espíritu de todos los vanos terrores; que lo elevan al nivel de los dioses, y lo vuelven a los únicos verdaderos motivos que tenga de cumplir sus deberes.

Los astros son enjambres de fuego. Yo comparo el sol con un cuerpo esponjoso cuyas cavidades inmensas están penetradas de una materia ígnea que se entremezcla en todo sentido. Los cuerpos celestes no tienen en absoluto alma: no son, por tanto, dioses: Entre esos cuerpos, los hay fijos y errantes: estos últimos se llaman *planetas*. Aunque nos parecen todos esféricos, pueden ser o cilíndricos, o conos o discos, o porciones cualesquiera de esferas; todas estas figuras y muchas otras no riñen en absoluto con los fenómenos. Sus movimientos se ejecutan, o como consecuencia de una revolución general del cielo que los comporta, o de una translación que les es propia, y en la cual atraviesan la vasta extensión de los cielos que les es permeable.

El sol se eleva y se esconde, elevándose sobre el horizonte y descendiendo debajo de él; o alumbrando al oriente y apagándose al occidente, se consume y reproduce diariamente. Este astro es el hogar de nuestro mundo: es de ahí que todo el calor se expande; no vasta más que algunos destellos de ese fuego para abrasar toda nuestra atmósfera.

La luna y los planetas pueden brillar, o con luz propia, o con luz recibida del sol; y los eclipses tienen por causa, o la extinción momentánea del cuerpo eclipsado, o la interposición de un cuerpo que lo eclipsa. Si un planeta llega a atravesar regiones plenas de materia contraria al fuego y a la luz, ¿no se extinguirá?, ¿no será eclipsado?

Las nubes son, o masas de aire condensado por la acción de los vientos, o enjambres de átomos que se han acumulado poco a poco, o vapores levantados de la tierra y de los mares.

Los vientos son, o corrientes de átomos en la atmósfera, o tal vez soplos impetuosos que se escapan de la tierra y de las aguas, o incluso una porción de aire puesta en movimiento por la acción del sol.

Si las moléculas ígneas se reúnen, forman una masa y son prensadas en una nube, harán el esfuerzo en todos los sentidos por escaparse, y la nube no se entreabrirá en absoluto sin relámpago y trueno.

Cuando las aguas suspendidas en la atmósfera se enrarezcan y dispersen caerán en forma de lluvia sobre la tierra, o por su propio peso o por la agitación de los vientos. El mismo fenómeno tendrá lugar cuando formen masas espesas, si el calor viene a rarificarlas, o los vientos a dispersarlas. Las masas se convierten en gotas reencontrándose en su caída: esas gotas congeladas, por el frío o por el viento, forman el granizo. El mismo fenómeno tendrá lugar si algún calor súbito llega a reducir una nube helada.

Cuando el sol se encuentra en una oposición particular a una nube que impacta con sus rayos, forma el arco iris. Los colores del arco iris son un efecto de esa oposición y del aire húmedo que los produce todos, o que no produce más que uno que se diversifica según el área atravesada, y la manera como se mueve.

Cuando la tierra ha sido regada por largas lluvias y calentada por calores violentos, los vapores que se elevan infectan el aire, y difunden la muerte a lo largo.

DE LA TEOLOGÍA

¿Después de haber planteado el principio de que no hay en la naturaleza más que la materia y el vacío, qué pensaremos de los dioses? ¿Abandonaremos nuestra filosofía para adherirnos a las opiniones populares, o diremos que los dioses son seres corpóreos? Porque eso son los dioses, seres felices, disfrutan de sí mismos en paz, nada de lo que pasa aquí abajo los afecta o perturba, y está suficientemente demostrado por los fenómenos del mundo físico y del mundo moral, que ellos no han tenido ninguna participación en la producción de los seres, y no

toman tampoco parte alguna en su conservación. Es la naturaleza misma la que ha puesto la noción de su existencia en nuestra alma. ¿Qué pueblo puede ser tan bárbaro, que no tenga ninguna noción anticipada de los dioses? ¿Nos opondremos entonces al consentimiento general de los hombres? ¿Elevaremos nuestra voz contra la voz de la naturaleza? La naturaleza no miente en absoluto; la existencia de los dioses se probaría aún por nuestros prejuicios. Tantos fenómenos les fueron atribuidos nada más porque la naturaleza de esos seres y la causa de los fenómenos eran ignorados; ¿cuántos otros errores más, que no son por tanto garantía de la creencia general? Si un hombre ha sido golpeado en el sueño por un gran simulacro, y ha conservado la memoria al despertar, él concluye que ese ídolo tenía necesariamente su modelo errante en la naturaleza; las voces que pudo haber escuchado no le han permitido dudar de que ese modelo no fuera de una naturaleza inteligente, y la constancia de la aparición en diferentes momentos y bajo una misma forma, que no fuera inmortal: pero el ser que es inmortal es inalterable, y el ser que es inalterable es completamente feliz, porque no actúa sobre nada, ni nada actúa sobre él. La existencia de los dioses ha sido entonces, y no dejará de ser nunca una existencia estéril, y por la misma razón que no puede ser alterada; porque es necesario que el principio de actividad, que es la fuente fecunda de toda destrucción y de toda reproducción, sea erradicado de esos seres. No tenemos entonces nada que esperar ni nada de qué temer. ¿Qué es entonces la adivinación? ¿Qué son los prodigios? ¿Qué son las religiones? Si se debe algún culto a los dioses, este será el de la admiración, porque no podemos rechazar todo lo que nos ofrece la imagen seductora de la perfección y del bien. Estamos llevados a pensar en dioses con forma humana; esta es la que todas las naciones les han atribuido, y la única bajo la cual la razón se ha ejercido, y la virtud practicado. Si su substancia fuera incorporeal, no tendrían sentidos ni percepciones, ni placer, ni dolor. Su cuerpo, sin embargo, no es semejante al nuestro; es solamente una combinación semejante a los átomos más sutiles: es la misma organización, pero son órganos infinitamente más perfectos: es una naturaleza particular tan flexible, tan tenue, que ninguna causa puede alterarla ni unirla, ni dividirla y que no puede tener ninguna acción. Ignoramos los lugares que habitan los dioses; este mundo no es digno de ellos, sin duda; bien podrán

haberse refugiado en los intervalos vacíos que dejan entre sí los mundos contiguos.

DE LA MORAL

La felicidad es el fin de la vida: la confesión secreta del corazón humano es el término evidente de las acciones que la alejan de ella. Quien se da muerte, mira la muerte como un bien. No se trata de reformar la naturaleza, sino de dirigir su inclinación general. Lo que puede suceder como malo al hombre, es ver la felicidad donde no está, o verla donde en efecto está, pero equivocarse en los medios para obtenerla. ¿Cuál sería entonces el primer paso de nuestra filosofía moral, si no fuera buscar en qué consiste la verdadera felicidad? Que este importante estudio sea nuestra ocupación actual. Ya que queremos ser felices desde este momento, no dejemos para mañana el saber lo que es la felicidad. El insensato se propone siempre vivir, y no vive jamás.

No es dado más que a los inmortales ser soberanamente felices. Una locura de la que nosotros debemos, como primera medida, guardarnos, es olvidar que no somos más que hombres. Puesto que desesperamos de no ser nunca tan perfectos como los dioses que nos hemos propuesto como modelos, resolvámonos a no ser tan absolutamente felices. ¿Porque mi ojo no penetra la inmensidad de los espacios, desdeñaré abrirlo ante los objetos que me rodean? Esos objetos se volverán una fuente inagotable de voluptuosidad si sé gozar de ellos o ignorarlos. La pena es siempre un mal; la voluptuosidad siempre un bien; pero no existe en absoluto voluptuosidad pura. Las flores crecen a nuestros pies, y es necesario al menos inclinarse para cogerlas. Sin embargo, ¡oh voluptuosidad! es por tí únicamente, que hacemos todo lo que hacemos; no eres tú jamás a quien evitamos, sino la pena que te acompaña con demasiada frecuencia. Tú calientas nuestra fría razón; es de tu energía que nacen la firmeza del alma y la fuerza de la voluntad; eres tú quien nos mueve, quien nos transporta cuando recogemos rosas para formar un lecho para la joven bella que nos ha encantado, y cuando, desafiando el furor de los tiranos, entramos cabeza baja y los ojos cerrados en las torerías ardientes que nos ha preparado. La voluptuosidad toma toda suerte de formas. Es importante entonces conocer bien el precio de los

objetos bajo los cuales ella puede presentarse ante nosotros, a fin de que no tengamos incertidumbre cuando nos convenga acogerla o rechazarla, vivir o morir.

Después de la salud del alma, no hay nada más precioso que la salud del cuerpo. Si la salud del cuerpo se hace sentir particularmente en algunos miembros, ello no es general. Si el alma se porta con exceso en la práctica de una virtud, no es enteramente virtuosa. El músico no se contenta con templar sólo algunas cuerdas de su lira; sería recomendable, para el concierto de la sociedad, que le imitásemos, y que no permitiésemos, sea a nuestras virtudes, sea a nuestras pasiones, estar o muy flojas o muy tensas, y producir sonidos o muy sordos o muy agudos. Si hacemos algún caso de nuestros semejantes, encontraremos placer en cumplir con nuestros deberes, ya que es un medio seguro para ser considerados. No despreciemos en absoluto los placeres de los sentidos, pero no hagamos tampoco injuria contra nosotros mismos de comparar la honestidad con lo sensual. ¿Cómo aquel que cae en un error en la elección de un estado será feliz? ¿Cómo se habrá de elegir para sí un estado sin conocerse? Y ¿como contentarse con su estado, si se confunden las necesidades de la naturaleza, los apetitos de la pasión, y los desvíos de la fantasía? Es necesario tener un objetivo presente al espíritu, si no quiere uno pasar a la aventura. No es siempre imposible tomar posesión del porvenir. Todo debe tender hacia la práctica de la virtud, hacia la conservación de la libertad y de la vida, y el desprecio de la muerte. En tanto que somos, la muerte no es nada; y es mucho menos aún cuando ya no somos. Uno no duda de los dioses más que por verlos semejantes a los hombres. ¿Qué es el impío, sino aquel que adora a los dioses del pueblo? Si la verdadera piedad consistiera en prosternarse ante toda piedra tallada, no habría nada más común, pero como consiste en juzgar sanamente de la naturaleza de los dioses, es una rara virtud.

Lo que se llama el *derecho natural* no es más que el símbolo de una utilidad general. La utilidad general y el consentimiento común deben ser las dos grandes reglas de nuestras acciones. No hay nunca certeza de que el crimen permanezca ignorado: quien lo comete es entonces un insensato que juega un juego donde hay más que perder que ganar.

La amistad es uno de los más grandes bienes de la vida, y la decencia, una de las más grandes virtudes de la sociedad. Sed decentes, por-

que vosotros no sois en absoluto animales, y vivís en las ciudades y no en medio de la selva, etc.

He aquí los puntos fundamentales de la doctrina de *Epicuro*, el único de entre todos los filósofos antiguos que ha sabido conciliar su moral con lo que se podría tomar como la verdadera felicidad del hombre, y sus preceptos con los apetitos y las necesidades de la naturaleza; por eso ha tenido y tendrá en todos los tiempos un gran número de discípulos. Uno se hace estoico, pero nace *epicúreo*.

Epicuro era ateniense, de la aldea de Gargette, y de la tribu del Egeo. Su padre se llamaba *Neocles*, y su madre *Cherestrata*; sus ancestros no carecieron de distinción, pero la indigencia había envilecido a sus descendientes. *Neocles*, que no poseía por bien más que un pequeño campo que no producía para su subsistencia, se hizo maestro de escuela; la buena anciana *Cherestrata*, llevando a sus hijos de la mano, acudía a las casas para hacer limpieza, cazar espantos, retirar encantamientos; fue a *Epicuro* quien le enseñará las fórmulas de expiación y demás tonterías de esa especie de superstición.

Epicuro nació el tercer año de la olimpiada CIX, el séptimo día del mes de Gamelión; tuvo tres hermanos, *Neocles*, *Charideme* y *Aristobulo*. *Plutarco* los cita como modelos de la ternura fraternal más rara. *Epicuro* permaneció en Teos hasta la edad de dieciocho años: se dirigió entonces a Atenas con la pequeña provisión de conocimientos que había adquirido en la escuela de su padre, pero su permanencia allí no fue muy larga. Alejandro muere: *Perdiccas* asola la Ática, y *Epicuro* es compelido a errar de Atenas a Colofone, a Mitilene y a Lamsaque. Los disturbios populares interrumpieron sus estudios, pero no impidieron en absoluto su progreso. Los hombres de genio, como *Epicuro*, pierden poco tiempo, y su actividad se inspira en todo; observan y se instruyen sin apercibirse de ello; y sus luces, adquiridas casi sin esfuerzo, son, por tanto, más estimables, en tanto que se refieren a objetos más generales. Mientras el naturalista tiene la vista aplicada en el extremo del instrumento que le aumenta un objeto particular, no disfruta del espectáculo general de la naturaleza que lo rodea. Así es en cuanto al filósofo, quien no entra en la escena del mundo más que al salir de su gabinete; es entonces cuando recoge esos gérmenes de conocimiento que permanecen largo tiempo ignorados en el fondo de su alma, ya que no es en

absoluto a una meditación profunda y determinada, sino a unos vistazos accidentales que los debe: gérmenes preciosos que se desarrollan tarde o temprano para bien del género humano.

Epicuro tenía treinta y siete años cuando reapareció en Atenas: fue discípulo del platónico Pámfilo, cuyas visiones despreció soberanamente. No pudiendo sufrir los permanentes sofismas de Pirrón, salió de la escuela del pitagórico Nausifanes, descontento de los nombres y de la metempsicosis. *Epicuro* conocía muy bien la naturaleza y fuerza del hombre, para acomodarse a la severidad del estoicismo. Se preocupó en hojear las obras de Anaxágoras, Arquelaos, Metrodoro y Demócrito, interesándose particularmente por la filosofía de este último, y fijando en ella los fundamentos de la suya.

Los platónicos ocupaban la Academia; los peripatéticos el Liceo; los cínicos el Cinosargo; los estoicos el Pórtico; *Epicuro* estableció su escuela en un jardín delicioso, del cual compró el terreno, y en el cual fue sembrador por oficio. A la edad de cuarenta y cuatro años, cuando Atenas, asediada por Demetrio, fue desolada por el hambre, fue él quien conminó a los atenienses para que transportaran al seno de su ciudad el espectáculo del campo. *Epicuro* resolvió vivir o morir con sus amigos; les distribuía diariamente habas que compartía con ellos. Uno se dirigía a sus jardines de todas las regiones de Grecia, Egipto y Asia: allí era atrapado por las luces y por las virtudes, pero sobre todo por la conformidad de sus principios con el sentimiento de la naturaleza. Todos los filósofos de su tiempo parecían haber conspirado contra los placeres de los sentidos y contra la *voluptuosidad*: *Epicuro* les hacía defensa; y la juventud ateniense, motivada por la palabra *voluptuosidad*, acudió a escucharle. Temperó la debilidad de sus oyentes poniendo tanto arte en retenerlos como el que había puesto en atraerlos; no les desarrolló sus principios más que poco a poco. Las lecciones se daban en la mesa o dando un paseo; era o a la sombra de los árboles o sobre la blandura de los lechos, que les inspiraba el entusiasmo de la virtud, la temperancia, la frugalidad, el amor al bien público, la firmeza del alma, el gusto razonable por el placer, y el menosprecio de la vida. Su escuela, oscura en los comienzos, terminó por ser una de las más clamorosas y numerosas.

Epicuro vivió en el celibato; las inquietudes que suscita el matrimonio le parecieron incompatibles con el ejercicio asiduo de la filosofía:

exigía, por otra parte, que la mujer del filósofo fuera sabia, rica y bella. Se ocupaba de estudiar, escribir y enseñar; compuso más de trescientos tratados diferentes, de los que no nos queda ninguno. No hacía mucho caso de esa elegancia a la cual los atenienses eran tan sensibles; se contentaba con ser verdadero, claro y profundo. Fue querido por los grandes, admirado por sus rivales, y adorado por sus discípulos: recibió en sus jardines a varias mujeres célebres; Leonium, maestra de Metrodoro; Temiste, mujer de Leontius; Filénide, una de las mujeres más honestas de Atenas; Necidie, Erotie, Hedio, Marmarie, Bodie, Fedrie, etc. Sus conciudadanos, los hombres del mundo y los más inclinados a la maldición y a la superstición más oscura, no lo acusaron ni de corrompido, ni de impío.

Los estoicos, furibundos, agobiaron a *Epicuro* de injurias; éste les abandonó, defendió sus dogmas con fuerza, y se ocupó de demostrar la vanidad de su sistema. *Epicuro* arruinó su salud a fuerza de trabajar: en los últimos días de su vida no podía ni soportar un vestido, ni descender de su lecho, ni tolerar la luz, ni ver el fuego. Orinaba sangre: su vejiga se cerraba poco a poco debido al crecimiento de una piedra; sin embargo escribía a uno de sus amigos que el espectáculo de su vida pasada suprimía sus dolores.

Cuando sintió aproximarse su fin, hizo llamar a sus discípulos, les legó sus jardines, aseguró el estado de varios niños sin fortuna, de los cuales se había hecho su tutor; liberó a sus esclavos, ordenó sus funerales y murió a la edad de setenta y dos años, el segundo año de la olimpiada CXXVII. *Epicuro* fue universalmente lamentado; la república le erigió un monumento, y un cierto Teótimo, convencido de haber compuesto, bajo su nombre, cartas infames dirigidas a algunas mujeres que frecuentaban sus jardines, fue condenado a morir.

La *filosofía epicúrea* fue profesada sin interrupción después de su institución, hasta los tiempos de Augusto; hizo en Roma los más grandes progresos. La secta estuvo allí compuesta por la mayoría de las gentes de letras y los hombres de estado; Lucrecio cantó al *epicureísmo*; Celso lo profesó en tiempos de Adriano; Plinio el naturalista en tiempos de Tiberio: los nombres de Luciano y Diógenes Laercio son también célebres entre los epicúreos.

Durante la decadencia del imperio romano, el *epicureísmo* tuvo la suerte de todos los conocimientos; no salió de un olvido de más de mil

años más que a comienzos del siglo XVII: el descrédito de las formas plásticas convirtió los átomos en honor. Magnène de Luxeu, en Bourgogne, publicó su *Democritus reviviscens*, obra mediocre donde el autor tomó todo el tiempo sus ensueños por los sentimientos de Demócrito y de Epicuro. A Magnène sucedió Pierre Gassendi, uno de los hombres que hacen más honor a la filosofía y a la nación: nació a mediados de enero de 1592 en Chantersier, pequeña aldea de Provençe, a una legua de Digne, donde cursó sus humanidades. Era de costumbres dulces, el juicio sano, y conocimientos profundos: versado en astronomía, filosofía antigua y moderna, metafísica, lenguas, historia, antigüedades: su erudición era casi universal. Se ha podido decir de él que jamás un filósofo ha sido mejor humanista; ni humanista tan buen filósofo: sus escritos no carecen de atractivo; es claro en sus razonamientos y justo en sus ideas. Fue entre nosotros el restaurador de la *filosofía de Epicuro*: su vida estuvo plena de desavenencias; sin cesar atacó y fue atacado: pero no estuvo menos atento en sus disputas, ya fuera con Fludd, con mylord Herbert, ya con Descartes, en poner de su lado tanto la honestidad como la razón.

Gassendi tuvo por discípulos o por sectarios a varios hombres que se han immortalizado; Chappelle, Molière, Bernier, el abate de Chaulieu, M. el gran prior de Vendôme, el mariscal de Catinat, y muchos otros hombres extraordinarios que, en un contraste de cualidades agradables y sublimes, reunían en sí el heroísmo con la molicie, el gusto de la virtud con el del placer, las calidades políticas con los talentos literarios; y que han formado entre nosotros diferentes escuelas del *epicureísmo* moral de las cuales vamos a hablar.

La más antigua y la primera de esas escuelas donde se haya practicado y profesado la moral de *Epicuro*, estaba en la calle de las Tournelles, en la casa de Ninon l'Enclos: era allí donde esa mujer extraordinaria concentraba todo lo que la corte y la ciudad tenían de hombres educados, esclarecidos y voluptuosos: allí se veía a *madame* Scarron, la condesa de la Suze, célebre por sus elegías; a la condesa d'Olonne, tan alabada por su rara belleza y por el número de sus amantes; a Saint Evremont, que profesaría después el *epicureísmo* en Londres, donde tuvo como discípulos al famoso conde de Grammont, al poeta Waller y a *madame* de Mazarín; acudían también la duquesa de Bouillon Mancini,

que fue desde entonces de la escuela del Templo; Desyvetaux, M. de Gourville, *madame* de la Fayette, M. el duque de la Rochefoucauld, y muchos otros que habían formado en el hotel de Rambouillet una escuela de platonismo, que abandonaron para ir a ganar adeptos y escuchar las lecciones de la *epicúrea* Ninon l'Enclos.

Después de estos primeros *epicúreos*, Bernier, Chapelle y Molière, discípulos de Gassendi, trasladaron la escuela de *Epicuro* de la calle de las Tournelles, a Auteuil: Bachaumont, el barón de Blot, cuyas canciones son tan raras y rebuscadas, y Desbarreaux, quien fue el maestro de *madame* Deshoulières en las artes de la voluptuosidad y la poesía, ilustran particularmente la escuela de Auteuil.

La escuela de Neuilly sucedió a la de Auteuil: fue sostenida, durante el poco tiempo que duró, por Chapelle y MM. Sonnings, pero tan pronto fue instituida, se fundió con las escuelas d'Anet y del Templo.

¡Cuántos nombres célebres nos ofrece esta última! Chapelle y su discípulo Chaulieu, M. de Vendome, *madame* de Bouillon, el caballero de Bouillon, el marqués de la Fare, Rousseau, MM. Sonnings, el abate Courtin, Campistrón, Palaprat, el barón de Breteuil, padre de la ilustre marquesa de Châtelet, el presidente de Mesmes, el presidente Ferrand, el marqués de Dangeau, el duque de Nevers, M. de Catinat, el conde de Fiesque, el duque de Foix o de Randan, M. de Perigny, Rénier; convidado amable que cantaba y se acompañaba del laúd; M. de Lasséré, el duque de la Feuillade, etc. Esta escuela era la misma de S. Maur o de *madame* la Duchese.

La escuela de Seaux incluyó todo lo que quedaba de sus sectarios de lujo, elegancia, cortesía, filosofía, virtudes, letras y voluptuosidad; contó además con el cardenal de Polignac, quien la frecuentaba más por gusto por los discípulos de *Epicuro*, que por la doctrina de su maestro; Hamilton, S. Aulaire, el abate Genet, Malézieux, la Motte, M. de Fontenelle, M. de Voltaire, varios académicos y algunas mujeres ilustres por su espíritu; de donde se ve que en cualquier lugar y en cualquier tiempo, la secta *epicúrea* no ha tenido mayor esplendor que en Francia, sobre todo durante el último siglo.